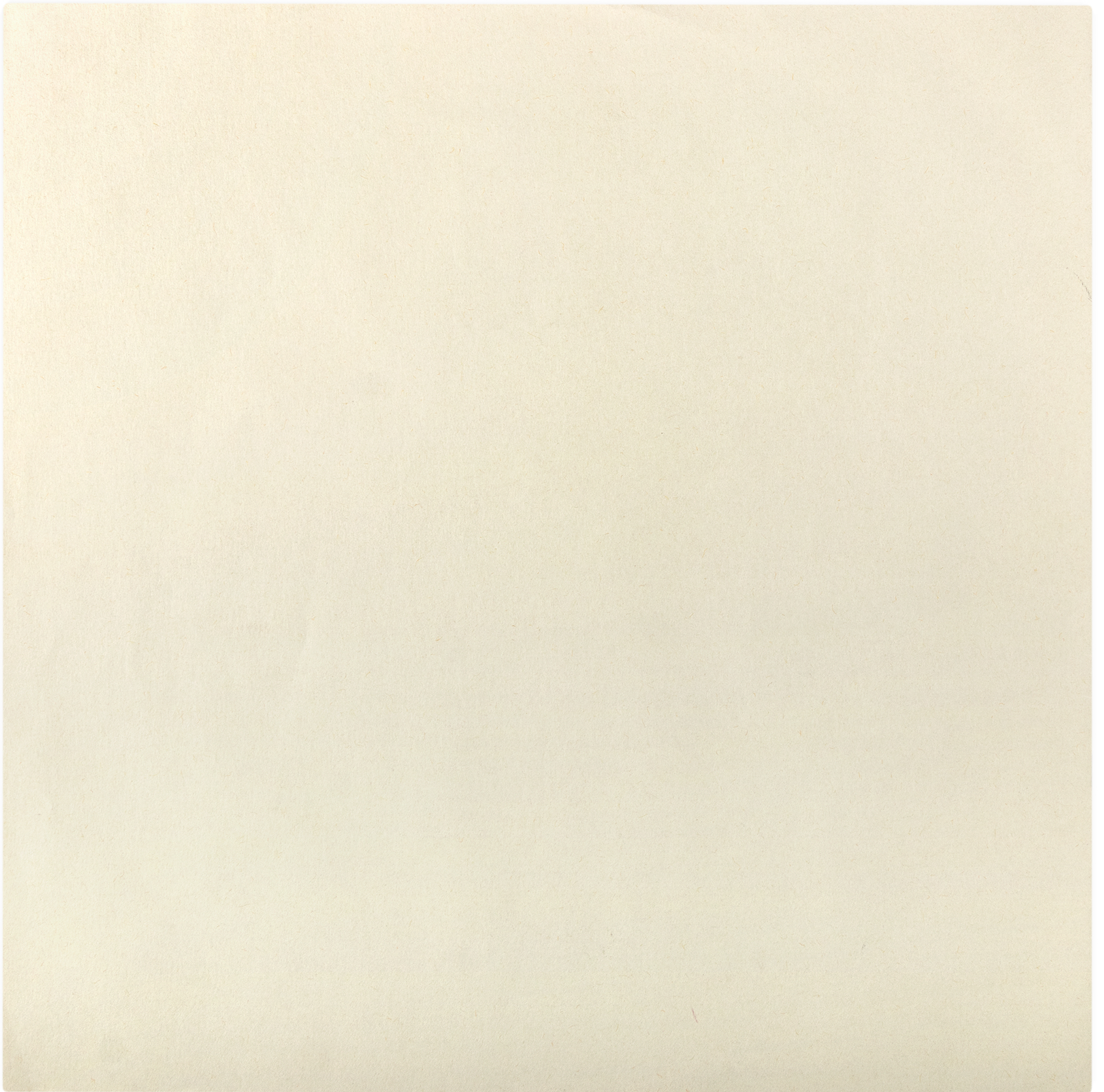


JULIO TORRI

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

PARA muchas generaciones de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México, la enseñanza de la literatura ha estado apoyada en la sabiduría y en la constancia de algunos maestros ejemplares; uno de ellos, Julio Torri. Acaso nunca fue maestro con grandes recursos pedagógicos; en cambio, nadie superó su auténtico amor por las letras y su capacidad para transmitir o para inocular, a unos pocos, este amor de toda la vida. Exponía lenta y minuciosamente, como si dispusiera de toda una vida; dejaba caer de pronto, en medio de morosas cuestiones filológicas y pormenores biográficos, observaciones sutiles o discretamente picarescas. Nunca entendió la enseñanza de la literatura como pretexto para amplias y brillantes teorías sino como una guía para el conocimiento de los textos. Gracias a sus enseñanzas, la literatura medieval española tiene un sentido y un fulgor permanente para muchos de sus discípulos, que no podrán volver al *Poema del Cid*, al *Libro de buen amor*, a Berceo o al *Cancionero* de Baena sin recordar la voz velada y pausada de Julio Torri y las iluminaciones con que iba revelando el encanto rudo y delicado de los viejos textos medievales. Tenían sus lecciones, además, otro rasgo peculiar: su gusto por las figuras menores, las pequeñas joyas olvidadas y los rincones inadvertidos. En las profusas páginas de los cancioneros y las crónicas antiguas, prefería poner un poco más de énfasis en la leve gracia de un poeta oscuro o en tal o cual episodio curioso y extravagante, que en las figuras y acciones habitualmente destacadas, como si diera por sabidos aquellos esquemas escolares y se consagrara sólo a completar, lenta y amorosamente, el conocimiento de páginas venerables.

Para quienes se acercaban al maestro, el segundo privilegio era el de ser invitado a una experiencia memorable: la de conocer sus tesoros bibliográficos. En la pequeña plaza de Carlos J. Finlay —el heroico médico cubano que descubrió el agente transmisor de la fiebre amarilla, que algunas vez nombrará a otro lugar de la ciudad para que la plaza lleve el nombre que le pertenece, de Julio Torri—, se encuentra desde hace muchos años su casa. Todos hemos visto casas llenas, invadidas y atestadas de libros; la de Torri está solamente llena de libros, pero hermosos y raros, de anaqueles,

por José Luis Martínez

armarios, arcones o roperos, según el caso, va mostrando al curioso discreto los Ovidios y los Horacios plantinianos, el Nervo forrado en el traje de novia de su madre, los poetas franceses en ediciones reservadas y, sólo para los más discretos, el rincón inagotable de la sensualidad y la fantasía. Entre los libros, los retratos de algunos escritores amigos o admirados y la belleza generosa de la Venus de Cirene. A veces aviva la conversación una copita de rompopo o de jerez, mientras un viejo gato cruza ceremoniosamente, la cola enhiesta, por el salón vecino, como para afinar el sabor de la observación tímida y maliciosa que ha deslizado el maestro.

Después del maestro que conocen tantas generaciones, y del bibliófilo, Julio Torri aún reserva otra revelación, la del escritor magistral. Saltillense como Valle Arizpe, nació en 1889 como Alfonso Reyes, su gran compañero y amigo. Inició sus estudios en el Colegio Torreón y los continuó en la Escuela Juan Antonio de la Fuente —hoy Ateneo Fuente—, de Saltillo. Vino a México en 1908 para estudiar la carrera de abogado que concluyó en 1913, y por estos años, formó parte del Ateneo de la Juventud. Salvo breves y ocasionales funciones burocráticas, su ocupación principal habría de ser la enseñanza de la literatura. En 1933 obtuvo el Doctorado en Letras y pertenece a la Academia Mexicana de la Lengua. Esta es toda su biografía circunstancial: la verdadera, compleja y rica, está en su sabiduría y su ingenio y en cuatro breves libros.

Alfonso Reyes, que fue su amigo adicto desde los días legendarios en que se congregó aquella generación excepcional que llamamos del Ateneo de la Juventud, rememora al Torri juvenil y al de los años siguientes en estas líneas vivaces: "apenas salía de su infancia Julio Torri, graciosamente diabólico, duende que apaga las luces, incubo de huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las 'cosas de la vida', como suele decirse, la tiranía de aquel 'amo furioso y brutal' que tanto nos hace padecer".

Apegado al silencio ha sido, en efecto, este prosista ejemplar. Paradójicamente, no obstante ser maestro de los más sabios en cuestiones literarias, ha publicado sólo dos breves libros de ensayos —*Ensayos y poemas* (1917 y 1937) y *De fusilamientos* (1940)—, un manual acerca de *La Literatura Española* (1952) y su discurso académico sobre *La Revista Moderna de México* (1954). Sin embargo, tan breve obra de creación, que cabe con holgura en un centenar de páginas, tiene un lugar de excepción en la literatura mexicana. La rara calidad de los textos de Torri se encuentra no sólo en la tersura de su lengua y en el espíritu alado que los ilumina, sino también en el hecho de que entregan despojos preciosos de auténtica y fresca vida, rescatados, tras lentos y pacientes buceos, de una existencia que ha sido toda ella ejercicio librésco. Para este gran sorteador de la tentación literaria, los libros y su experiencia sobre ellos, sólo vienen a ser un contraluz en la empresa salvadora de su propia sensibilidad; un contraluz que ya sólo es humor de discreta, ladina sonrisa; reservada emoción, gracia ligera, malicia, dolorido sentir, suave to-

lerancia de las flaquezas humanas y, a veces, el roce del ala oscura y trágica.

En la pluma de Torri, la prosa no es un vehículo ambiguo para decirlo todo, sino un arte complejo en que pensamiento y estilo se equilibran para expresar las más sutiles nociones. Sus ensayos y poemas pudieran encontrarse cercanos, en ocasiones, a todos los momentos memorables de la prosa artística: Renard y Wilde, Lamb y Schwob, Bertrand y Heine, y al mismo tiempo, inconfundibles en su propia originalidad, y aun mexicanos, me atrevería a añadir, en su recato malicioso. Mas aunque la de Torri sea con plena justicia prosa cabalmente literaria, es al mismo tiempo enteramente extraña a ese género híbrido y riesgoso llamado "prosa poética". La prosa de Torri no se deforma ni su poesía se aplanan sino que una y otra mantienen sus condiciones esenciales: la sobriedad del paso y el efluvio secreto. Por una necesidad profunda, su temperamento lírico prefiere la comunicación llana y el ritmo secreto de una prosa no exenta de los prestigios de la poesía.

ENSAYOS Y DE FUSILAMIENTOS

[SELECCION]

CARA I A CIRCE
20'40"

¡Circe, diosa venerable!

He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

EL RAPTOR

Amigos míos, ayudadme a robar una novia que tengo en el Real de Pozos. Tendremos que sacarla de su casa a viva fuerza. Por eso os pido ayuda, que si ella tuviera voluntad en seguirme... Iremos al galope de nuestros caballos por el camino real, enmedio de la noche como almas en pena. Os pagaré con esplendidez. Os daré caballos, rifles, sillas de montar labradas con plata y oro.

¿Por qué vaciláis? ¿Para cuándo son los amigos? Estoy enamorado locamente de ella. Apenas sé si no desvarío. Tiene los ojos llenos de asombro, sus senos palpitantes perderían a cualquier santo. Cuando me ve se echa a temblar y si no fuera porque la amenazo con matarla si no me espera en la ventana a la noche siguiente, jamás la volvería a ver. Al hablarle se me enronquece la voz, y a ella le entra tanto miedo que no atina a decirme sino que me vaya y que la deje; que no me ha hecho mal ninguno; que lo haga por la Virgen Santísima... Sé bien que no me quiere; pero ¿qué importa? Ya me irá perdiendo el temor. Por ella me dejaría fusilar. Ayudadme, mis amigos. Tened compasión de un hombre enamorado, y mañana haced de mí lo que gustéis. Os obedeceré como un perro. Y si algo os pasa por ayudarme, la Sierra Madre no está lejos, y mi cinturón de cuero se halla repleto de oro.

MUJERES

Siempre me descubro reverente al paso de las mujeres elefantas, maternas, castísimas, perfectas.

de Julio Torri

Sé del sortilegio de las mujeres reptiles —los labios fríos, los ojos zarcos— que nos miran sin curiosidad ni comprensión desde otra especie zoológica.

Convulso, no recuerdo si de espanto o atracción, he conocido un raro ejemplar de mujeres tarántulas. Por misteriosa adivinación de su verdadera naturaleza vestía siempre de terciopelo negro. Tenía las pestañas largas y pesadas, y sus ojillos de bestezuela cándida me miraban con simpatía casi humana.

Las mujeres asnas son la perdición de los hombres superiores. Y los cenobitas secretamente piden que el diablo no revista tan terrible apariencia en la hora mortecina de las tentaciones.

Y tú, a quien las acompañadas dichas del matrimonio han metamorfoseado en lucia vaca que rumia deberes y faenas, y que miras con tus grandes ojos el amanerado paisaje donde paces, cesa de mugir amenazadora al incauto que se acerca a tu vida, no como el tábano de la fábula antigua, sino llevado por veleidades de naturalista curioso.

LA FERIA

Y estando a —
Y estando amarrando un gallo
se me ré —
Se me reventó el cordón.
Yo no sé
Si será mi muerte un rayo...

Los mecheros iluminan con su luz roja y vacilante rimeros de frutas, y a contraluz proyectan negras las siluetas de los vendedores y transeúntes.

—¡Pasen al ruido de uñas, son centavos de cacahuates!

—¡El setenta y siete, los dos jorobados!

—¡Las naranjas de Jacona, linda, son medios!

Periquillo y Enero están en un círculo de mirones, en el cual se despluma a un incauto.

—¡Don Ferruco en la Alameda!

—¡Niña, guayabate legítimo de Morelia!

—¡Por cinco centavos entren a ver a la mujer que se volvió sirena por no guardar el Viernes Santo!

Dos criadas conversan: —En México no saben hacer *prucesiones*.

Me voy pues a pasar la Semana Santa a *Huehuetoca*...
 Una muchacha a un lépero que la pellizca: —¡no soy diversión de nadie, roto tal!
 —¡El que le cantó a San Pedro!
 —¡El sabroso de las bodas!
 —¡El coco de las mujeres!
 —¡Pasen al panorama, señoritas, a conocer la gran ciudad del Cairo!
 Una india a otra con quien pasea: —Yo sabía leer, pero con la Revolución se me ha olvidado.
 En la plaza de gallos les *humedecen* la garganta a las cantadoras; y los de Guanaceví se aprestan a jugar contra San Juan de los Lagos.
 En mitad del bullicio —¡oh tibia noche mexicana en azul profundo de esmalte!—, acompañado de toco guitarrón, sigue cantando el ciego, con su voz aguda y lastimera:

O me ma —
 O me matará un traidor
 Desos que an —
 Desos que andan a caballo
 Validós
 Validos de la ocasión.
 Y a de ser pos cuando nó.

DE FUSILAMIENTOS

El fusilamiento es una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad.

—Desde luego, se practica a las primeras horas de la mañana. —“Hasta para morir precisa madrugar”— me decía lúgubrememente en el patíbulo un discípulo mío que llegó a destacar como uno de los asesinos más notables de nuestro tiempo.

El rocío de las yerbas moja lamentablemente nuestros zapatos, y el frescor del ambiente nos aromadiza. Los encantos de nuestra diáfana campiña desaparecen con las neblinas matinales.

La mala educación de los jefes de escolta arrebató a los fusilamientos muchos de sus mejores partidarios. Se han ido definitivamente de entre nosotros las buenas maneras que antaño volvían dulce y noble el vivir, poniendo en el comercio diario gracia y decoro. Rudas experiencias se delatan en la cortesía peculiar de los soldados. Aun los hombres de temple más firme se sienten empuñados, humillados, por el trato de quienes difícilmente se contienen un instante en la áspera ocupación de mandar.

Los soldados rasos presentan a veces deplorable aspecto: los vestidos, viejos; crecidas las barbas; los zapatones cubiertos de polvo; y el mayor desaseo en las personas. Aunque sean breves instantes los que estáis ante ellos, no podéis sino sufrir atrozmente con su vista. Se explica que muchos reos sentenciados a la última pena soliciten que les venden los ojos.

Por otra parte, cuando se pide como postrera gracia un tabaco, lo suministrarán de pésima calidad piadosas damas que poseen un celo admirable y una ignorancia candorosa en materia de malos hábitos. Acontece otro tanto con el vasito de aguardiente, que previene el ceremonial. La palidez de muchos en el postrer trance

no procede de otra cosa sino de la baja calidad del licor que les desgarran las entrañas.

El público a esta clase de diversiones es siempre numeroso; lo constituyen gentes de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes. Nada tan odioso como hallarse delante de tales mirones. En balde asumiréis una actitud sobria, un ademán noble y sin artificio. Nadie lo estimará. Insensiblemente os veréis compelidos a las burdas farsas de los embaucadores.

Y luego, la carencia de especialistas de fusilamientos en la prensa periódica. Quien escribe de teatros y deportes tratará acerca de fusilamientos e incendios. ¡Perniciosa confusión de conceptos! Un fusilamiento y un incendio no son ni un deporte ni un espectáculo teatral. De aquí provienen ese estilo ampuloso que aflige al *connaisseur*, esas expresiones de tan penosa lectura como “visiblemente conmovido”, “su rostro denotaba la contrición”, “el terrible castigo”, etc.

Si el estado quiere evitar eficazmente las evasiones de los condenados a la última pena, que no redoble las guardias, ni eleve los muros de las prisiones. Que purifique solamente de pormenores enfadosos y de aparato ridículo un acto que a los ojos de algunos conserva todavía cierta importancia.

(1915)

PARA AUMENTAR LA CIFRA DE ACCIDENTES

UN hombre va a subir al tren en marcha. Pasan los escaloncillos del primer coche y el viajero no tiene bastante resolución para arrojarse y saltar. Su capa revuela movida por el viento. Afirma el sombrero en la cabeza. Va a pasar otro coche. De nuevo falta la osadía. Triunfan el instinto de conservación, el temor, la prudencia, el coro venerable de las virtudes antiheroicas. El tren pasa y el inepto queda. El tren está pasando siempre delante de nosotros. El anhelar agita nuestras almas, y ¡ay de aquél a quien retiene el miedo de la muerte! Pero si nos alienta un impulso divino y la pequeña razón naufraga, sobreviene en nuestra existencia un instante decisivo. Y de él saldremos a la muerte o a una nueva vida, ¡pésele al Destino, nuestro ceñudo príncipe!

LA AMADA DESCONOCIDA

Don Juan... por quien olvidan las cortesanas parisienses de moda sus ahorros en el Banco de Francia. Rey norteamericano de una industria como la del acero y el petróleo, la trata de blancas. En México galopa camino de la Sierra con una mujer desmayada entre los brazos. Es en España, su país natal, un señorito a quien castigará el cielo cualquier día por sus grandes infamias.

Duro vengador de hombres y símbolo de energía mediterránea, pasa ante los varones que lo envidian y las hembras que por él se pierden, con la levedad de una figura de mito y la gracia de un mancebo pintado en un ático vaso. (¡Oh Keats, las melodías no escuchadas son menos dulces que tu oda inmortal!)

Victorioso y risueño —diríase que bajaba del tálamo de una deidad— con ligero paso se dirige al cementerio. Viste de negro, y en una ciudad de deportistas y *dandies* pasaría inadvertido. Sus ojos grises —feroces para tantas heroínas llorosas— miran aho-

ra distraídamente. Una sonrisa ilumina el rostro, como aquéllas que fueron compradas con el dolor de toda una vida.

Mal sujeto a todas luces, sólo tolera los mejores momentos del trato femenino. Cínico, despoja al amor de su prestigio romántico. Con decisión y aplomo espera su condenación, porque los avisos del criado, a pesar de todo, procedían del cielo.

Taimadas garduñas e hijos de pega consumirán su hacienda y acibararán su solitaria vejez; pero nada le arredra, ni las llamas del infierno, ni siquiera las molestias de su celebridad equívoca.

Entre fotógrafos y reporteros, curiosos y badulaques de toda laya, cruza la puerta del camposanto, con una corona de flores al brazo. Conmovido, como se conmueven las gentes de buen tono; ágil, con mucho de felino en el paso y algo de hastío elegante en la figura; al modo de quien cumple uno de tantos deberes sociales, pura fórmula desprovista ya de contenido y significación, deposita con impertinente gracia una corona de siemprevivas en la tumba de la amada desconocida, la pobre muchacha sin nombre que no reclamó eternidad al caballero despiadado de los fugaces amores.

LA GLORIOSA

Las cuestas y llanos se pueblan de los pobrecitos indios. Ya baja allá a lo lejos la imagen que traen en andas, con gran acompañamiento de gentes. Los cirios y candelas brillan amortiguadamente en la serena luz de la tarde. Este año ha sido de sequía. Las milpas están reseacas y los gañanes tienen oprimido el corazón por la falta de bienhechoras lluvias, de las aguas que reverdezcan los campos, que tornen su pureza al aire y la alegría al alma contristada del labriego.

Por encima de las cabezas descubiertas e hirsutas, de las luces que constelan de diamantes el pálido damasco del cielo sin nubes, y de las caras graves y hurañas de los fieles, se mantiene levemente sobre las andas, en su peana dorada. Es pequeña; de rostro moreno, casi negro; su manto estofado descende triangularmente, broslado de gemas, sobre una media luna.

Antaño un virrey se despojó de sus insignias para que ella las luciese. Y cuando el cólera grande despoblaba ciudades y villas, el Presidente de la República le dio ese collar de amatistas que centellea con tenues fulgores purpurinos. Entonces fue traída con gran pompa a la Catedral de México, en cuyas suntuosas naves hospedaron algunos días —los más fieros de la peste— a la Noble Señora, que añoraba desde lo alto del curoscante altar su rústico santuario.

Bajo el cielo inclemente, por los quemados maizales, los cánticos se elevan quejumbrosos. El dolor de las gentes sencillas y pobres, la fe obstinada y potente, el espíritu de esta raza milenaria animan las letanías, entonadas en falsete. Parpadean los velones. El polvo, esfumino de lejanías, hace menos violenta la cresta de la Sierra. Las voces imploran desafinadas y tercas.

¡Oh Madre, tierna, bendita,
Ayuda a nuestra Nación,
Pues mucho lo necesita!

LA HUMILDAD PREMIADA

En una Universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pececito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

EL DESCUBRIDOR

A semejanza del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola; sino que se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas!

ALMANAQUE DE LAS HORAS

A los Cincuenta Años. La vida se va quedando atrás como el paisaje que se contempla desde la plataforma trasera de un coche de ferrocarril en marcha, paisaje del cual va uno saliendo. Algún elemento del primer término pasa al fondo; el árbol airoso cuyo follaje recortaba las nubes va reduciendo su tamaño a toda prisa; el caserío, en el recuesto del valle, con su iglesita de empinada torre comienza a borrarse al trasponer la ladera; el inmenso acueducto de Guerrero huye de nosotros a grandes zancadas.

Un paisaje del cual sale, en que todo se empequeñece y se pierde. Eso es la vida.

•

Cuando alguien fracasa, nadie se ríe ni se alegra sino el que fracasó antes.

•

Intravertidos y Extravertidos. A los ojos de Dios ¿quién contará más, el que toda su vida libra una batalla interior y padece a menudo derrotas vergonzosas y retiradas sin cuento, en una palabra, el que lleva un conflicto interno —no por silencioso menos cruento—; que el ser todo acción exterior cuya guerra es a la luz del sol y no a la indecisa de la meditación; contra otros hombres y no contra un enemigo de la misma carne; y cuya espada no hace correr calladamente y gota a gota la sangre más roja del propio corazón?

•

CARA II
18'40''

La vida presente está compuesta como de muchas notas. Nos corresponde sin embargo escoger de ellas la que sea dominante en este acorde, que tiene a veces disonancias tan extrañas y desapacibles.

Nada importa pagar caro o barato las cosas del mundo. Los que dan poco por ellas revélanse hábiles y a veces pícaros. Los que las compran caro acreditanse de torpes; y si con desdén y altivez, de señores. No tiene importancia el precio en números, puesto que si varían en el juego falaz del deseo sujeto y objeto, la posesión trae siempre el mismo gozo y el mismo desengaño.

Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud.

La melancolía es el color complementario de la ironía.

Somos más nuestras intuiciones que nuestra propia vida. Esta y aquéllas están en planos lejanos. Mi vida no es mía sino en una pequeña medida; a los demás pertenece el resto, a las gentes que me rodean, a los dioses o fuerzas locas y misteriosas que presiden nuestros sucesos. La mayor parte de mis acciones está gobernada por exigencias e instintos biológicos que desdén cuando medito y existo realmente.

El trato social es a ratos como una terrible losa que abruma nuestra personalidad y acaba por deformarla. Al que hacemos sufrir será dulce, tímido, cobarde, astuto (¿bien educado, en una palabra?). Al que aceptamos fácilmente, soberbio, seguro de sí. Nuestra individualidad es un patrimonio del que disfrutamos ya tarde y que nos han administrado en la menor edad buenas y malas manos, al azar. La verdadera historia de uno la constituye el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡oh, Baudelaire amado!) en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación.

Las mentes son como los relojes: no las más finas las que fácilmente se descomponen, las que acogen a ciegas cualquier necia moda que las apasiona y saca de tino.

El sol, rubio y apoplético, y el soberbio y magnífico Júpiter jugaban, por sobre la red de los asteroides, a la pelota, que era pequeña, verdemar, y zumbaba gloriosamente en los espacios luminosos. ¡Ah, se me olvidaba: la diminuta pelota que llamáis la Tierra había caído de este lado de los asteroides, y el sol iba a recogerla para proseguir. Este instante, no más largo que la sonrisa de una diosa, los mortales lo llamaríais varios millares de trillones de siglos. Así sois de ampulosos, vosotros los seres de un momento. Pues bien... ¿pero a qué continuar si ignoráis las reglas del juego?

Entre el héroe que sencilla y naturalmente ofrenda su vida y el último truhán que ejecuta el acto más antiheroico, ¡cuánta va-

riedad de tipos constituyen el puente entre ambos, salvan la distancia de uno a otro, y sin diferencias perceptibles de eslabón a eslabón, llevan en arriscada curva del santo al pícaro! El héroe vanidoso; el fanfarrón, con heroísmo remoto; el embustero que indirectamente reverencia las acciones heroicas sin poderlas ya realizar; el belitre que ocasionalmente puede ser heroico; el canalla y el bergante que no lo son nunca. En medio de ambos extremos —el santo y el malhechor— está la sección incolora, vasta y espesa en que se emplea tanta vida gris y sin consecuencia.

Todos tenemos dos filosofías: aquélla cuyas ideas morales quebrantamos en nuestra conducta, a causa de nuestra voluntad frágil; y otra filosofía, más humana, con la que nos consolamos de nuestras caídas y flaquezas.

Los espíritus puramente lógicos, los dialécticos, son los más dañinos. La existencia es ya de suyo de lo más ilógico y milagroso. En el engranaje silogístico perfecto y ruina de un abogado ergotista muchas instituciones jugosas y lozanas se prensan y se destruyen. Librenos los dioses de estos malos bichos, teorizantes, fanáticos, rectilíneos, aniquiladores de la vida.

Cierta complacencia con el trato de los charlatanes acaso no sea más que la falaz y rebelde esperanza de creer que los que están fuera de la ley social nos van a decir algo distinto del monótono e indestructible lugar común.

El saludar y el despedirse son como la puntuación del trato social. Corresponden a una concepción poética del comercio humano. Despedirse al partir de una fiesta equivale a confesar que se pone punto final a un espacio de tiempo que tiene valor y significación en sí.

El solitario se alimenta de sí mismo, a sí mismo destruye. Su paisaje es siempre el mismo, su universo lleno está de sí mismo. Cuando viaja o frecuenta otros hombres inteligentes, tendrá que hacer muchas rectificaciones a sus juicios, ideas y percepciones, errores que proceden del vicio mental que se llama soledad y que ha estorbado el sano y libre desarrollo de su entendimiento, anquilosándolo en un monólogo infecundo. El romanticismo preconiza y exalta la soledad, pero el siglo XVIII, más sabio, ensalzaba la sociabilidad, "flor de la civilización". Del romanticismo data una desproporcionada estimación del yo respecto de los demás. El romántico es a veces un actor genial en un teatro vacío. El solo llena y rebasa el grande escenario que es el mundo. A menudo antójase el romanticismo como una galería de grandes insociables, grandes huraños, grandes egoístas, grandes solitarios.

En una esfera superior desaparecen con frecuencia ciertas contradicciones meramente aparentes y formales. Por eso es tan pe-

noso para algunos espíritus distinguidos el espectáculo de una discusión, en que los frutos son secos, marchitos, verbales, lógicos, sin contenido vital.

...la murmuración maliciosa de quien no hay estado que se escape.

CERVANTES.

Nada tan difícil como destruir una falsa opinión ajena sobre nosotros. Con nada logramos corregir una mala impresión que perdura. Nada podemos hacer para que ciertas gentes muden apreciaciones desfavorables originadas por una actitud tímida; por el chascarrillo a costa nuestra que hizo fortuna y que se recuerda siempre que se nos nombra; por alguna cena en que el vino descubrió modos de ser que no nos son habituales; por habladurías de algún gratuito enemigo cuya vanidad o impotencia rozamos al pasar, sin caer en ello; por una de esas mil causas; —no débiles por mínimas— que rigen la formación de los juicios sociales, en que hay mucho de fortuito, de azar, de capricho, de ruindad, de bajeza y de vileza. Nada de esto podemos combatir porque se trata de un adversario de que rara vez nos damos cuenta. Ante la maledicencia estamos totalmente indefensos.

—¿Por qué no fuma usted?

—Porque estoy entre las virtudes y los vicios, en equilibrio perfecto; y un pequeño vicio más me inclinaría decididamente hacia los vicios.

Los informales desperdician como cosa propia el tiempo precioso de las gentes puntuales.

En amor sólo hay dos situaciones: persigue uno a una mujer o trata de librarse de ella. Pero dentro de esta seca fórmula general, qué variedad cabe de embrollos, de incidentes; qué diversidad de sentimientos, qué prodigio de matices, desde el *anaranjado* del primer deseo —imperioso y *desesperado*— hasta el violeta del último desengaño en que de nuevo tornamos al monólogo de siempre, al querrelloso y grave monólogo de siempre.

La mujer es una fuerza de la naturaleza, como el viento o el relámpago, terrible desatada; para el que quiere pagar el hospedaje, necesarísima, sujeta a la *inteligencia* ordenadora. O nos arroja como al mísero des *Grioux*, o nos saca como a tantos (a France, por ejemplo) del marasmo de la pereza y la vida estéril. Al igual que Odiseo ante las divinidades incógnitas, acerquémonos a ella temerosos si no sabemos la fórmula mágica que ata y orienta su incontrastable energía.

Un día se hastiaron las sirenas de los crepúsculos marinos y de la agonía de los erráticos nautas. Y se convirtieron en mujeres las terribles enemigas de los hombres.

En el brillo frío de tus ojos y en la risa inhumana de tu boca y también en la olímpica frivolidad de tus razones y de tus gráciles velos, he adivinado que eres uno de estos crueles númenes

que vengan alguna antigua y secreta afrenta olvidada ya hasta de los mitólogos más eruditos.

La mujer, al salir de la juventud, pasa de la contemplación desinteresada de las cosas concretas a las generalizaciones, de la pasividad del instinto a la actividad intelectual que todo lo ata y desata. Al principio es sólo ideal espectadora de la vida, en tanto que nosotros, al contrario, comenzamos por ser teorizantes impenitentes y dados a todo género de abstracciones, y con los años asistimos a la bancarrota de nuestras ideologías.

Así pues en ellas es más espontáneo el desenvolvimiento de las facultades intelectuales, más natural y libre la historia del espíritu. Tienen sobre nosotros la superioridad de quien alcanza sus conquistas por modo más lento y suave.

En los hogares firmemente edificados se descubre en la esposa mayor comprensión para todo que en el marido, más hondo sentido de los ritmos misteriosos de la vida. El es a su lado un instrumento de allegarse medios para subsistir, un ser con funciones bien definidas; y tiene nada más la importancia transitoria del macho en ciertas especies zoológicas de que nos hablan los naturalistas.

No hay que envanecerse nunca de una incompreensión.

Quien no tenga nada que decir debe también escribir. Como la figura de Rops sostendrá sobre sus muslos y con los brazos alzados la gran lira a la que manos invisibles arrancarán los arpegios más sibilinos, los mensajes siderales más lejanos.

Alguien hablaba de escritores de imaginación y de escritores de sentimiento. Creo que los primeros, cuando exacerban las condiciones de su índole y producen ideología estéril semejan ventiladores eléctricos dentro de campanas neumáticas. Los segundos, cuando no tienen genio son absolutamente intolerables.

Un amigo mio me confesó: —Mi vocación literaria es tan corta que tengo que prescindir de matrimonio, ambiciones, etc., pues cualesquier preocupaciones de este orden la dominarían y anonadarían.

Prestamos a las ideas calor humano, Somos en algún sentido, su personificación, sus campeones. La distinción espiritual, la suma inteligencia y otros atributos raros asegurarán el triunfo de principios que no se impondrían fácilmente si no tuvieran a su servicio tan eficaces mantenedores.

Un Tipo. Lo que solía afirmar era falso las más veces, cuando no trivial. Su dialéctica, espaciosa; su énfasis, innecesario; patente su ignorancia de todo. Pero... ¡qué tono de voz estupendo! ¡qué porte tan científico! Nunca se vió en sabio auténtico mejor estilo, mayor aplomo, superior actitud, más noble seguridad.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO